

A portrait of Luis Villoro, an older man with grey hair, wearing a light blue button-down shirt. He is looking directly at the camera with a serious expression. Behind him is a bookshelf filled with blue-bound volumes of the works of Karl Marx and Friedrich Engels. The spines of the books are visible, with some text like 'MARX ENGELS' and 'WERKE' printed on them. The lighting is soft, highlighting the texture of his hair and the details of the books.

Javier Meza

Luis Villoro
en nuestro pasado
y nuestro presente



Fotografías: CIDHUAM

ENTRE 1765 Y 1786 LA CORONA ESPAÑOLA intentó crear un Estado moderno peninsular, y para conseguirlo instrumentó en Nueva España una serie de reformas con el fin de obtener mayores recursos para la metrópoli y obligar a los habitantes a consumir sobre todo los productos que llegaban de ultramar: algunas de las medidas consistieron en reorganizar la Real Hacienda para aumentar la recaudación fiscal y la administración de las alcabalas; las aduanas dejaron de estar en manos privadas; agilizó los trámites y estableció nuevos cobros de impuestos y medidas para combatir los fraudes. La expulsión de los jesuitas en 1767 y el intento de desamortizar las bases económicas de la Iglesia desde 1798 fueron otras medidas que incomodaron a los afectados. El objetivo era poner en circulación los llamados bienes de manos muertas y canalizar hacia España las ganancias agropecuarias que monopolizaba la institución religiosa.

En efecto, la reforma más agresiva contra la inmunidad del clero fue la promulgación el 26 de diciembre de 1804 de una Real cédula sobre enajenación de bienes raíces y cobro de capitales de capellanías y obras pías para la consolidación de vales reales. La Iglesia en Nueva España poseía un capital líquido calculado en más de 45 millones de pesos, y lo prestaba con hipotecas y réditos a miles de agricultores, mineros y empresarios. Sin duda, los más afectados por la cédula, aparte del clero, eran los peninsulares y los criollos que, a su vez, aumentaron las presiones sobre la

clase media que sólo encontraban empleo en la abogacía o en la carrera eclesiástica, y sobre los trabajadores e indios y castas sin propiedad. Los indios, como hasta hoy, “formaban... un grupo social aislado de las demás clases, vejado por todos y condenado por las leyes a un perpetuo estado de ‘minoría’ social”.¹

Al malestar social general, como ocurre cuando una sociedad es sacudida por cambios, vino a sumarse la invasión francesa en España. Carlos IV abdicó en marzo de 1808 en favor de su hijo Fernando VII, pero sólo dos meses después ambos cedieron sus derechos a la corona a Napoleón Bonaparte quien, a su vez, lo depositó en su hermano José Bonaparte I. En México, el alto clero, españoles, criollos, militares y clase media ilustrada debatían acerca de qué hacer con la soberanía. Está, según las teorías españolas, fundadas sobre todo por Francisco de Vitoria y Francisco Suárez, venía de Dios pero se la daba al pueblo para que la cediera al monarca elegido por la divinidad. Desde este punto de vista, como el rey español ya no lo era, ahora la soberanía regresaba al pueblo porque el pacto de los vasallos de Nueva España era sólo con él y no con los otros reinos españoles. Para los grupos dirigentes la soberanía debía ahora recaer en los organismos políticos existentes como el virrey y los tribunales, mientras que para los criollos de la clase media ilustrada en el ayuntamiento.

Pero la discusión no iba a prolongarse mucho porque la plebe, compuesta por castas y marginados, hizo escuchar su fuerte voz, “su grito”; “acto tajante e imprevisto” y “vértigo que devora” mediante un plebiscito violento. Luis Villoro tiene razón, el cura Hidalgo estuvo al frente de una rebelión milenarista o quiliasta donde los marginados, los olvidados, desarrollaron una guerra santa y él quería abolir “rey y tributos”, castas y esclavos, y la explotación. Los papeles se invirtieron y el esclavo temporalmente era libre: no fue casual que los rebeldes en Guanajuato buscaran el rabo en los cuer-

pos masacrados porque la Iglesia les había hecho creer que todos los judíos —sempiternos chivos expiatorios durante la colonia junto a los indígenas y las innumerables castas— lo tenían. Pero en estos momentos los inquisidores y el obispo eran los verdaderos herejes porque las palabras, como bumerang, regresaban contra sus creadores que habían enseñado a la plebe, por siglos, el servilismo, la obediencia ciega y el silencio. Así, los sempiternos amos eran la Bestia apocalíptica para una plebe hambrienta y sedienta de justicia, y dispuesta a morir por alcanzar el reino de Dios en la tierra. Para Villoro, el movimiento popular alcanzó su clímax con Morelos, luego, dirigido por los letrados, como normalmente ocurre, perdió radicalismo y fuerza y se olvidaron las demandas populares.

Para los peninsulares y el Real Acuerdo, el arzobispado, la Inquisición, e incluso algunos letrados la rebelión era una herejía producto de la “ligereza y el frenesí” porque, ciertamente, “siempre es ligera la libertad”. Pero en un momento su fidelidad a la Corona y sus privilegios se habían visto ensombrecidos desde que las Cortes de Cádiz promulgaron en 1812 una constitución. Cuando regresó al poder Fernando VII en 1814 el absolutismo fue restaurado, pero sólo hasta 1820 porque el 10 de marzo de este año los liberales obligaron al rey a jurar la Constitución. Mientras, los criollos letrados por su parte, inventaron una identidad que convirtió a tres siglos, aún determinantes para nuestro imaginario, en un paréntesis en blanco. Para algunos la Colonia sólo era un gran vacío entre dos grandes imperios, y la incierta y cruel realidad fue enfrentada con el delirio: a los españoles no se les debía nada porque incluso la religión había llegado a estas tierras antes que ellos, y la Virgen de Guadalupe (Tonantzin) precedió a la Virgen de los Remedios. A sus ojos México ya existía como nación antes de la llegada de los conquistadores y recobraría su identidad con la Independencia. Además, México era un gran imperio y con su libertad estaba llamado a dar ejemplo de riqueza y virtud ante todas las naciones del mundo; la Independencia en cierta forma era una venganza ordenada por la divinidad.

¹ *El proceso ideológico de la revolución de independencia*. UNAM, 1967, p. 31.


Así, los viejos y los nuevos señores coincidían en que debían borrarse de nuestra memoria tres siglos de historia, sin aceptar, hasta la fecha, que en ellos están los orígenes de nuestras limitaciones y defectos actuales. Pero antes que ser obligados a obedecer una constitución era preferible realizar una lucha por la independencia que con la promesa de grandes augurios, más bien representaba la garantía de no perder los privilegios obtenidos gracias a la impunidad implantada, cultivada y extendida durante tres siglos y que, en muchos aspectos, continúan vivos hasta el día de hoy. Es decir, para conservar sus privilegios, aquellos que masacraron la guerra popular, elegían algo llamado pretenciosamente independencia y construían un efímero imperio y mediocres repúblicas que les garantizarían conservar su favorable estatus.

Alexander Humboldt a finales del siglo XVIII dijo que había conocido lugares injustos pero como México ninguno: ¿verdad o anécdota inventada? Ello es lo de menos porque la observación no es exagerada: después de dos siglos la situación no ha cambiado. Hoy todavía decimos “¡Nuestros indígenas!” y el desprecio por los otros, como siempre nos lo recordó Luis Villoro junto con el poeta, sobrevive en el racista “ninguno” que lleva aparejado el “don nadie” porque cuando niego al otro me niego a mí mismo y sólo soy plenamente cuando permito que los otros sean. Lacerantes verdades: nos indignamos cuando un extranjero denigra a “nuestros indios” (aunque en ocasiones ya ni eso); creemos fervientemente que sólo nosotros tenemos el derecho a explotarlos, a humillarlos o, simplemente, a olvidarlos; y, normalmente, somos fuertes ante el débil pero débiles ante el fuerte. Este constituye un añejo y constante ejemplo de nuestras élites.

Desgraciadamente somos todavía un país colonizado que desea todo el tiempo ser como los otros sin buscar ser nosotros mismos: primero como España, luego como Inglaterra o Francia o como los Estados Unidos. Nuestros más fervientes anhelos son eurocéntricos, y las mejores armas para negar lo que somos realmente son la indiferencia y el silencio contra todo

lo que molesta a la inmutable solemnidad de los ídolos. Terrible realidad desgarrada: colonizadores-colonizados. El fuerte dentro del país acostumbra aplastar y hacia fuera acostumbra arrodillarse.

A menudo olvidamos que para comprender a un país colonizado necesitamos descolonizarnos (Memmi y Fanon) y atrevernos a mirar frente a frente e identificarnos con aquello que negamos y que nos molesta porque nos recuerda lo que somos. Al respecto, la obra de Luis Villoro constituye un digno ejemplo, íntegro e informado, de un esfuerzo, también sereno y equilibrado, por comprender a los otros, a los semejantes, con sencillez y acierto. ¿Será porque la sabiduría del verdadero filósofo viene también del corazón y su poesía que ayuda a escuchar y a comprender todo lo que el poder acostumbra negar?

Quizá por ignorancia y desinformación, durante un mediocre y oscuro festejo acerca de un bicentenario de algo calificado como Independencia, oí muy poco nombrar y resaltar las invaluable y brillantes tesis que Villoro aportó al respecto. Tesis sin duda lacerantes pero no por eso falsas. No es accidental que para nosotros la verdad sea una herida todavía abierta donde el dolor y el resentimiento respiran, y continuamos creyendo erróneamente que con la indiferencia y la ignorancia podemos cicatrizarla. A menudo olvidamos que para el filósofo-historiador su presa son los hombres en el tiempo, y que cada hombre más que ser hijo de sus padres es hijo de su tiempo. La historia es, casi siempre, paradójica, pero la “verdad” oficial tiende siempre a mostrarla sin contradicciones: hace de ella una línea recta, simple, transparente, sin aporías y sin contradicciones ignorando que “un pequeño trozo de historia puede decirnos mucho sobre el misterio de nuestra propia condición”.² 

² *Op. cit.* p. 11.